

## Los libros de Juan Pablo II

Alice RAMOS

**Resumen:** No es corriente que un papa escriba libros. Pero Juan Pablo II no ha sido un papa prototípico. Amaba la palabra escrita y hablada. Nos ha dejado una colección importante de escritos magisteriales y, además, un buen número de libros. Este trabajo está centrado en los seis libros escritos por Juan Pablo II, que reflejan muchos de los temas que él, como pastor supremo de la Iglesia, desarrolló durante su pontificado: la dignidad de la persona humana, el mal, la libertad, Cristo como Redentor del hombre, la historia de la salvación y otras cuestiones.

**Palabras clave:** Juan Pablo II, antropología cristiana, nueva evangelización

**Abstract:** It is rather unusual for a pope to write books. John Paul II was not however the usual type of pope. He was a man who loved the written and spoken word, and left us both a voluminous collection of magisterial works and a good number of books published during his lifetime. This study is centered on six books written by John Paul II. These books reflect many of the themes which he as supreme pastor of the Church developed throughout his pontificate: the dignity of the human person, evil, freedom, Christ as the Redeemer of man, salvation history, and many other themes.

**Keywords:** John Paul II, Christian anthropology, history of salvation, the new evangelization.

La obra de Juan Pablo II es prodigiosa, así como es prodigiosa la personalidad de este pontífice que ya antes de su fallecimiento era llamado «el grande». No cabe duda de que su entrega total a Dios y a las almas ha sembrado la semilla de esa «nueva primavera de la humanidad» de la que nos habló en distintos momentos de su pontificado<sup>1</sup>. Nos ha enseñado no sólo cómo bien vivir sino también cómo bien morir. Su mensaje coherente que proclamó por todas las tierras ha deja-

---

1. Véase por ejemplo el discurso de JUAN PABLO II en las Naciones Unidas en Nueva York el 5 de octubre de 1995.

do una huella profunda en los corazones de hombres y mujeres de buena voluntad. Han visto en él un hombre en completa unión con Dios y por tanto han podido vislumbrar a Cristo en la tierra, o como decía él, vislumbrar la faz de Dios<sup>2</sup>.

Además de su obra magisterial que en sí es muy voluminosa, contamos con una producción de libros que realmente sorprende, ya que ni sus comentaristas más conocidos, como puede ser el teólogo americano George Weigel, aciertan en el número exacto de libros escritos por este papa. Es cierto que en el siglo xx Juan Pablo II no ha sido el primer pontífice que haya escrito libros: León XIII escribió versos en latín, Pío XI nos dejó un relato de sus aventuras montaÑeras, Juan XXIII escribió el diario de su alma, publicado después de su muerte, y Juan Pablo I ejerció su talento literario dejándonos una colección simpática de cartas a famosas personalidades<sup>3</sup>. Se puede decir, por tanto, que los pontífices del siglo pasado no ignoraron el mundo de la literatura, aun cuando su aportación al mundo de los libros haya sido mínima cuando se la compara a las obras escritas por Juan Pablo II. Esto no es de sorprender ya que sabemos del gran amor que el joven Karol Wojtyła tenía a la literatura y, sobre todo, al teatro y a la poesía. Aunque dejó el mundo teatral por seguir su vocación al sacerdocio, no abandonó su amor por la palabra escrita. El propósito de este trabajo será introducir al lector en los libros publicados por Juan Pablo II. Contamos seis libros en total, publicados durante su pontificado, que presentaremos en orden cronológico. En cada caso intentaremos señalar algunas ideas claves que nos ayudarán a entrar en la mente y también en el corazón de esta inolvidable figura.

## I

El primer libro apareció en 1982 y es el resultado de preguntas propuestas al Santo Padre por el periodista y escritor francés André Frossard. Tiene como título *No tengáis miedo*, palabras pronunciadas por Juan Pablo II después de su elección a los que en la plaza de San Pedro esperaban ver al nuevo pontífice. Este libro cuenta con seis capítulos: el primero centrado en la persona de Juan Pablo II, y los demás sobre temas de fe, moral, la Iglesia, el mundo y el atentado contra la vida que sufrió el papa. Limitaremos nuestros comentarios a lo que resalta en este libro de la personalidad del antiguo pontífice y de lo que éste nos dice acerca de la persona humana, del mundo y de Jesucristo.

---

2. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, capítulo 2.

3. Philip ZALESKI, *John Paul II, Crossing the Threshold of Hope*, en «First Things», 101 (marzo 2000) 61-63.

Frossard pone de relieve la unidad excepcional que caracterizaba la personalidad de este pontífice<sup>4</sup>, una unidad que brotaba de esas gracias sobrenaturales que recibió y a las que correspondió con gran fe y amor. Según Juan Pablo, fueron más las gracias recibidas que las batallas por luchar<sup>5</sup>. Su vocación, su persona y el Evangelio conformaban su unidad o coherencia interior, de la que irradiaba el esplendor de su personalidad infundiéndole esa calidad de «estrella» que tanto atraía a la gente<sup>6</sup>. Además, este esplendor se debía en gran parte a la luz de la fe que él profesaba, una fe que era don de Dios pero también respuesta personal. Alimentaba su fe en la oración, en el diálogo con Dios, y por eso podía transmitir los frutos de su oración; el que se considera servidor de la Palabra, según Juan Pablo, comunica exclusivamente los pensamientos –*contemplata*– que ha pasado por la oración. No cabe proclamación de la Palabra de Dios sin oración, sin vida contemplativa<sup>7</sup>. La misión de Juan Pablo II como sucesor de Pedro era reunir al pueblo de Dios, pero sólo podía llevar a cabo esta unidad en un mismo rebaño aquél que se mantenía en unión con Dios. No extraña por tanto que Juan Pablo haya comentado aquella escena tan entrañable entre Jesucristo y Pedro en la que el Señor pregunta a Pedro: «¿Me amas?» (Jn 21:17). Las respuestas a esta pregunta pueden ser variadas: unos responden que «sí» con reservas, otros con demasiada confianza en sí mismos, y la respuesta de Pedro, que es según Juan Pablo la correcta, fue: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo» (Jn 21:17). Esta es la respuesta que se basa no en sí mismo, porque su fundamento se encuentra en Aquél que conoce el misterio del corazón humano. Es así cómo Juan Pablo respondió y cómo todo amor humano debe responder, contando de esta manera con Aquél que conoce al hombre mejor que lo que éste se conoce a sí mismo<sup>8</sup>.

Al hablar de la persona humana, no sólo en este libro sino en otros, Juan Pablo se refería casi siempre al texto de *Gaudium et spes*: «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»<sup>9</sup>. Hecho «a imagen y semejanza de Dios», el hombre está llamado a trascenderse, a abrirse al infinito. Se encuentra atraído a la fuente de la verdad, del bien y de la belleza. Sólo el Absoluto podrá completar al hombre que es un ser no-acabado. Para expresar lo que es el hombre, Juan Pablo utiliza además el lenguaje de la filosofía del ser o del *esse* –lenguaje de Santo Tomás de Aquino– que mantiene que el hombre es un ser finito, un ser compuesto de lo corpóreo y de lo espiritual, pero también se refiere Juan

---

4. André FROSSARD y JUAN PABLO II, *Be Not Afraid!*, St. Martin's Press, New York 1984, p. 90.

5. *Ibid.*, pp. 35 y 90.

6. *Ibid.*, p. 90.

7. *Ibid.*, pp. 32-34.

8. *Ibid.*, pp. 36-37.

9. *Ibid.*, p. 198.

Pablo a la experiencia interior agustiniana que caracteriza al hombre en términos de una inquietud espiritual. Estas maneras de ver al hombre coinciden con lo que nos dice San Pablo acerca del contraste y de la tensión que existen en el hombre entre la carne y el espíritu. El ser humano como carne tiene en cierto modo un presentimiento del infinito a través del espíritu, que es precisamente la abertura al infinito. Esta es la verdad del hombre, su aspiración al Absoluto; no es el hombre «una pasión inútil», como decía Jean-Paul Sartre, sino un ser que encuentra en Dios la respuesta a su inquietud espiritual. Por consiguiente, el hombre está llamado a algo mucho más grande que lo material, que el mundo mismo. Aunque el mundo como creación de Dios es bueno, Juan Pablo nos advierte de los peligros de todo tipo de materialismo y de consumismo que quieren tomar posesión del hombre, manipularlo, y reducirlo a lo que no es<sup>10</sup>. Lleno de admiración por el mundo que describen las páginas del primer capítulo del Génesis, Juan Pablo nos recuerda a través de las palabras del libro de la Sabiduría que el hombre nunca podrá reducirse a lo material, a lo mundano: «Porque Dios creó al hombre incorruptible y lo hizo a imagen de su propia naturaleza» (Sab 2, 23)<sup>11</sup>.

En el mismo centro de esa trascendencia que es el hombre como persona se encuentra la libertad, el gran tema del pontificado de Juan Pablo II. Según éste, la totalidad de la interioridad humana, que comprende la conciencia, la verdad, la libertad y la responsabilidad, tiene un carácter fundamentalmente dinámico. Por esto al hablar de la libertad Juan Pablo nos dice que es un don pero que también es un deber, o una tarea<sup>12</sup>. Por medio de la libertad el hombre debe vencerse a sí mismo y además conquistar el reino de Dios, hacer realidad ese reino. La libertad encuentra su fundamento en la verdad; sin el recurso a la verdad, la libertad se torna «esclavizante, egoísta, anti-social»<sup>13</sup>. Para el cristiano la verdad es una Persona, la persona de Jesucristo, el único que puede salvarle del mal y de la muerte, librarle de las ataduras del mundo y darle un destino eterno. Por esta razón, Juan Pablo nos dice que el único que puede asegurar la libertad del hombre es Dios; Dios salva al hombre del determinismo que reduce la libertad a una función del mundo y de lo que el mundo le permite. Según Juan Pablo el determinismo es una negación de la libertad y, por consiguiente, de la responsabilidad y de la moral. Es interesante ver cómo el último pontífice lleva la teoría a la práctica: cuando se niega el fundamento de la verdadera libertad del hombre, todo está permitido, como vemos en la sociedad en la que se consienten todos los caprichos del hombre; o, cuando se considera al hombre sólo como parte de un todo, como propiedad del Estado que le priva

---

10. *Ibid.*, pp. 91-97.

11. *Ibid.*, p. 97.

12. *Ibid.*, pp. 99-101.

13. *Ibid.*, p. 113.

de su carácter de persona, surge el totalitarismo de Estado. No obstante, incluso en estos tipos de mundos –el mundo de la moral relajada y el mundo totalitarista– Juan Pablo piensa que el hombre puede descubrir a Dios y así pasar de la esclavitud a la libertad<sup>14</sup>.

Para Juan Pablo, Cristo que es la Verdad, garantiza la libertad del hombre. La moral que Cristo nos enseña es exigente pero libera y nos convierte en verdaderas personas<sup>15</sup>. El hombre se realiza en tanto que se exige; sino se torna triste, como el joven rico del que nos habla la parábola con la que empieza *Veritatis splendor*. La sociedad de consumo no hace al hombre feliz. Por asegurar la felicidad del hombre, su dimensión trascendente y su dignidad, la Iglesia, que no es de este mundo, tiene como deber testimoniar la verdad; ser testigo de la verdad compete a cada cristiano. Juan Pablo nos recuerda que el cristiano debe ser testigo de la esperanza que lleva en sí, y esto lo debe hacer no con complejos de inferioridad, puesto que la enseñanza de Cristo excluye todo tipo de complejos. A medida que el hombre se conforma a Cristo y a su buena nueva no caben los complejos; donde hay amor y verdad auténticos los complejos desaparecen<sup>16</sup>. Así como Cristo exhortaba a los que le seguían a la vigilancia, los cristianos de hoy también tenemos que estar en vela contra los excesos de una libertad no-restringida, contra el ansiedad morbosa por los bienes materiales. Tenemos que dar testimonio de una esperanza que no se satisface simplemente de los bienes que el mundo nos puede proporcionar<sup>17</sup>. Juan Pablo distingue entre una *fe laica*, que lleva al hombre a creer sin restricciones en el mundo, a pensar que su existencia en este mundo es su único destino y que no cabe esperar en otra cosa fuera del mundo; y una *fe religiosa*, que anuncia al Dios de Jesucristo y que le devuelve al hombre el verdadero sentido de su existencia. Según Juan Pablo, la fe laica o secular quiere eliminar la fe religiosa<sup>18</sup>. No obstante, a pesar del pecado y de la muerte que desfiguraron la faz de la tierra, el mundo ha sido redimido y por tanto se nos ha manifestado un amor que es más poderoso que el pecado y la muerte. Juan Pablo cuenta con ese amor, que es también misericordioso, con esa luz de Cristo, que ilumina la inteligencia y la conciencia, y que, por consiguiente, irradia el optimismo sobrenatural de quien vive en presencia de Dios. Frente al miedo que experimenta el hombre contemporáneo, miedo de distintos tipos –de la guerra, de la misma realidad, del futuro, del presente, del pasado, del compromiso– Juan Pablo nos dice que vivimos entre el miedo y la esperanza, que el Evangelio es la esperanza de este mundo, y que no debemos temerle a esta esperanza<sup>19</sup>.

---

14. *Ibid.*, pp. 101-103.

15. *Ibid.*, p. 110.

16. *Ibid.*, pp. 162-165.

17. *Ibid.*, pp. 178-180.

18. *Ibid.*, pp. 184-189.

19. *Ibid.*, pp. 215-217.

## II

Nos encontramos de nuevo con las palabras «No tengáis miedo» en el primer capítulo del libro *Cruzando el umbral de la esperanza*. Este libro recoge las respuestas que Juan Pablo II escribió a una serie de preguntas hechas por el periodista italiano Vittorio Messori. En realidad, las preguntas formaban la base de una entrevista con el papa para la televisión, con motivo de los quince años de su pontificado. Por el horario tan ocupado del papa, la entrevista televisada nunca tuvo lugar, pero Juan Pablo se interesó tanto por las preguntas que las contestó por escrito e incluso escogió el título del libro. A Messori sólo le quedó el trabajo de editar mínimamente el manuscrito<sup>20</sup>; el libro fue publicado en 1994. El papa entra en conversación con una gran variedad de temas y de pensadores de todo tipo, como pueden ser la antropología, la cristología, la escatología, el comunismo, el ecumenismo, Lévinas, Eliade, Marx, e intenta medir el siglo xx y los últimos quinientos años del segundo milenio con las verdades eternas de Dios. Aquí recogeremos sobre todo lo que nos dice de la existencia del pecado, de la salvación y de la cruz de Cristo.

Al comenzar sus reflexiones sobre lo que significa el misterio del papado –misterio que envuelve todo el libro por la autoridad de quien escribe–, Juan Pablo nos recuerda que las palabras «no tengáis miedo» fueron pronunciadas muchas veces por Jesucristo. Como vicario de Cristo, como la misma presencia de Pedro, esa «roca» sobre la cual Cristo fundó la Iglesia, Juan Pablo a su vez repite las mismas palabras de Cristo para que el hombre de hoy no tema la verdad de lo que es –un pecador–, para que no tema a Dios ni al hombre<sup>21</sup>. El deber del pontífice –el que sea– es proclamar la verdad, ser testigo de lo que vieron los apóstoles. Ya que en el mundo contemporáneo es difícil creer en un Dios crucificado, el pontífice se convierte en signo de contradicción, un reto ante el cual los hombres tienen que decidirse<sup>22</sup>. Pero, a pesar de las dificultades, el pontífice no puede dejar de convencer al mundo del pecado. Esto es lo que hizo Juan Pablo desde el comienzo de su pontificado porque se ha perdido el sentido del pecado.

En tanto que filósofo, Juan Pablo se remonta a las mismas raíces de esa pérdida. Considera que la filosofía de Descartes, con su giro antropocéntrico y su inmanentismo, se distanció fundamentalmente de la filosofía del ser. Piensa, además, que la filosofía cartesiana creó las condiciones para que la razón se distanciara del cristianismo<sup>23</sup>. Años después, el racionalismo de la Ilustración intentó convencer al

---

20. JUAN PABLO II, *Crossing the Threshold of Hope*, Alfred A. Knopf, New York 1994, nota de introducción por Vittorio MESSORI, pp. v-vii.

21. *Ibid.*, pp. 5-6 y pp. 8-9.

22. *Ibid.*, pp. 11-12.

23. *Ibid.*, pp. 38, 51-52.

hombre que debía vivir sólo según su razón, como si Dios no existiera. Según la mentalidad ilustrada, el mundo es auto-suficiente y por tanto no necesita del amor de Dios. Si cabe hablar de Dios, sólo se concibe en términos de un intelecto que conoce desde toda la eternidad, y no como un Dios que es Amor. Puesto que la ciencia y la tecnología desentrañan los misterios del universo, la intervención divina parece innecesaria. El hombre ya no busca su felicidad en Dios, sino en el progreso de la ciencia y en este mundo. De este modo, Juan Pablo nos hace ver por qué después de la Ilustración se rechaza la realidad del pecado y, sobre todo, del pecado original. Con ello se rechaza también el amor de Dios y la soteriología cristiana, es decir, la reflexión teológica acerca de la salvación y de la redención del hombre<sup>24</sup>. Frente a un mundo que rechaza el pecado, el amor de Dios y la misma Redención, no le importaba al anterior pontífice convertirse en *persona non grata* por convencer al mundo de la realidad del pecado humano. Así le ocurrió cuando en una visita a Polonia predicó acerca de los mandamientos y del amor, y se encontró con la resistencia de la mentalidad ilustrada de ciertos polacos. Según Juan Pablo, convencernos de la realidad del pecado es la primera condición necesaria para la salvación. Además, convencer al mundo del pecado no equivale a condenar el mundo, sino más bien a acogerlo y a elevarlo con el amor redentor de Dios, así como en la parábola del hijo pródigo el padre acoge al hijo que se había perdido<sup>25</sup>.

Juan Pablo nos habla siempre como hombre de alegría y de esperanza y por eso insiste en el valor de la existencia, de la creación, en la alegría de la redención y de la salvación, en la esperanza de la vida eterna<sup>26</sup>. El mundo no puede librarnos del mal ni de la muerte; necesita de la salvación que sólo Dios puede dar. Para que el hombre ponga su esperanza en la salvación que Dios le ofrece, Juan Pablo dice que todos –cristianos y no-cristianos– tenemos que detenernos ante la cruz de Cristo<sup>27</sup>. El «escándalo» de la cruz nos revela el amor de Dios; su omnipotencia se convierte (de algún modo) en impotencia e humillación para servir al hombre, para darle lo que el mundo no puede dar<sup>28</sup>. Según Juan Pablo, no debemos temer, pues el hombre ha sido redimido y el poder de la cruz y de la resurrección de Cristo es mayor que la fuerza del mal. Incluso después de la caída del comunismo, nos dice el papa, el hombre necesita escuchar las palabras del Cristo resucitado: «No tengáis miedo». Nos dice además que Cristo triunfará a través de María, y nos cuenta de la importancia que ha tenido la Virgen María en su propia vida, en la vida de Polonia y la del mundo entero<sup>29</sup>.

---

24. *Ibid.*, pp. 53-56.

25. *Ibid.*, pp. 57-58.

26. *Ibid.*, p. 22.

27. *Ibid.*, p. 73; véase también p. 70.

28. *Ibid.*, pp. 62-64.

29. *Ibid.*, pp. 219-221.

Todos necesitamos saber que la historia humana tiene un principio y un fin que es el Amor, ese Amor que se hizo hombre, que padeció el sufrimiento y la humillación de la cruz y que resucitó, proporcionándonos así la vida eterna<sup>30</sup>. Pero para corresponder a este Amor tenemos que «cruzar el umbral de la esperanza», es decir, aceptar la cruz y las exigencias del Evangelio. Sólo así, nos dice el papa, podremos descubrir que tenemos un Padre y que somos amados. Si cabe temor en un hijo que se sabe amado por Dios es el temor al pecado y a no complacer a su Padre.

Al terminar el libro, Juan Pablo quiere exaltar la importancia de la filiación divina y contraponerla a lo que él llama la «filosofía de la arrogancia» de índole hegeliana, que promueve en el esclavo el temor a su señor. Este tipo de filosofía es el resultado del pecado original que intenta abolir la paternidad y poner en duda la existencia de un Dios que es Amor<sup>31</sup>. Si hemos de transformar el mundo y crear una civilización del amor, tendremos que meditar largamente lo que nos dice Juan Pablo en este libro tan original.

### III

El tercer libro que comentaremos es *Don y misterio*, escrito en 1996, para conmemorar sus cincuenta años como sacerdote. El papa nos abre su alma para contarnos lo que pertenece a su más íntima experiencia. Su vocación es un misterio que sólo Dios conoce, un don que trasciende al individuo<sup>32</sup>. Aprendemos en este libro de la pasión que el joven Karol Wojtyła sentía por el estudio de la literatura y del lenguaje. En mayo de 1938 comenzó sus estudios universitarios en Cracovia cursando asignaturas de literatura y lengua polacas; según él, el misterio del lenguaje le introdujo en el misterio de Dios, en la Palabra<sup>33</sup>. Sus estudios fueron interrumpidos por el comienzo de la segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1939, y esto cambió radicalmente su vida. Para evitar la deportación a Alemania, el joven Karol empezó a trabajar en una cantera en el otoño de 1940. Ahí aprendió que la grandeza del trabajo humano se encuentra en el hombre mismo, en su interior, tema que desarrolló muchos años después en su encíclica *Laborem exercens*. Durante la guerra fomentó su amor por la literatura participando en tertulias teatrales que debían mantenerse en secreto por huir del castigo y de la deportación. No obstante, se dio cuenta de que el teatro no era su vocación.

---

30. *Ibid.*, p. 222.

31. *Ibid.*, pp. 225-228.

32. JUAN PABLO II, *Gift and Mystery*, Doubleday, New York 1996, p. 3.

33. *Ibid.*, pp. 6-7.

La muerte de su padre, la interrupción de sus estudios universitarios, las atrocidades de la guerra y las amistades cultivadas le llevaron a ver progresivamente la realidad de su vocación al sacerdocio. Los sacrificios de tantos sacerdotes polacos, de hombres y mujeres de su generación, le hicieron comprender la verdad profunda del sacerdocio de Jesucristo<sup>34</sup>. Por lo tanto, decidió en el otoño de 1942 entrar en el seminario de Cracovia, que en aquella época funcionaba clandestinamente. Fue ordenado sacerdote el primero de noviembre de 1946, un año antes de lo normal porque el arzobispo había decidido que el joven Karol se iría a Roma a completar sus estudios.

Al meditar el sentido del sacerdocio, Juan Pablo nos dice que la postración del ordenando significa que éste acepta la cruz de Cristo y que se convierte en alfombra para que los demás pisen blando<sup>35</sup>. Además, celebró sus primeras Misas en la cripta de San Leonardo situada en la catedral de Cracovia donde se encuentran enterrados los reyes de Polonia, lugar de gran significado histórico y teológico para él. Al escoger precisamente esa cripta, se vinculaba espiritualmente con toda la historia de su nación y recordaba la comunión de los santos, de todos aquellos enterrados allí que estaban en la espera de su resurrección<sup>36</sup>.

Inmerso en la historia y en la cultura de Polonia, la estancia del joven sacerdote en Roma le abrió nuevos horizontes. Cursó el doctorado en Teología y a la vez adquiría un sentido más profundo del sacerdocio, de la labor sacerdotal, y llegó a un gran aprecio de la Europa del oeste, la Europa de las maravillosas catedrales góticas, pero también amenazada por la secularización<sup>37</sup>. Nos dice Juan Pablo que sus años en Roma le proporcionaron a su sacerdocio «una dimensión europea y universal»; así volvió a su país «con el sentido de la universalidad de la misión sacerdotal»<sup>38</sup>.

Además de contarnos de su labor educativa y de la atención pastoral a los universitarios en Polonia, Juan Pablo insiste en la gran fe de la Iglesia polaca, fe que mantuvo firme a causa de la persecución que sufrió por la ideología nazi y la dictadura comunista. La Iglesia en Polonia es, según Juan Pablo, defensora de la dignidad del hombre y de sus derechos fundamentales, entre los cuales se encuentra el derecho de los creyentes a profesar su fe<sup>39</sup>.

El resto del libro recoge en gran medida las reflexiones del anterior pontífice sobre el misterio del sacerdocio y la tarea sacerdotal. Juan Pablo nos dice que el

---

34. JUAN PABLO II, *Gift and Mystery*, pp. 36-39.

35. *Ibid.*, p. 46.

36. *Ibid.*, pp. 46-47.

37. *Ibid.*, p. 56.

38. *Ibid.*, p. 60.

39. *Ibid.*, pp. 65-67.

sacerdote es «administrador de los misterios de Dios»<sup>40</sup>. Él recibe de Cristo los tesoros de la fe para distribuirlos a la gente a la que ha sido enviado. En palabras de Juan Pablo, el sacerdote es «hombre de la palabra de Dios, hombre del sacramento, hombre del “misterio de la fe”»<sup>41</sup>. La redención del mundo que Cristo como sacerdote llevó a cabo constituye para este papa el redescubrimiento de la «nueva creación» y sobre todo del hombre como persona<sup>42</sup>. De la misma manera que Cristo devolvió a su Padre todo lo que Este le había dado, todo hombre necesita honrar a su Creador ofreciéndole todo lo que ha recibido; el hombre participa así del sacerdocio de Cristo<sup>43</sup>.

Como administrador de los tesoros de la fe, el sacerdote se encuentra íntimamente vinculado a la santidad de Dios. Juan Pablo exclama: «¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos!»<sup>44</sup>. Ya que la gente de todos los tiempos tiene hambre de la Verdad, de Cristo, el sacerdote está llamado a mostrarles a Cristo. Según Juan Pablo, en un mundo cada vez más secularizado, el sacerdote, que es santo por el diálogo que mantiene con Dios, por su oración, se convierte en testigo de Cristo y de su evangelio. El sacerdote que se alimenta de la Palabra será auténtico testigo de Cristo y llevará a cabo la tarea de la «nueva evangelización»<sup>45</sup>. Para entrar en diálogo con el pensamiento contemporáneo, Juan Pablo aconseja una formación continua, estudios que siempre deben estar acompañados por la oración. Juan Pablo termina su libro dándole gracias a Dios por su vocación y por toda vocación sacerdotal<sup>46</sup>.

#### IV

Aunque es verdad que toda vocación conlleva renuncia, también es cierto que los talentos recibidos, una vez aceptada la vocación, deben estar al servicio de Dios y de las almas. Así fue en el caso de Karol Wojtyła-Juan Pablo II. Su talento literario, poético, es patente en el libro *Tríptico romano*, la primera colección de poesía publicada por Juan Pablo desde su elección al papado. El libro consta de tres poemas relacionados entre sí: «La corriente», «Meditaciones sobre el libro del Génesis: En el umbral de la Capilla Sixtina» y «Un monte en la tierra de Moriah».

---

40. *Ibid.*, p. 71.

41. *Ibid.*, p. 72.

42. *Ibid.*, p. 82.

43. *Ibid.*, pp. 74-75.

44. *Ibid.*, pp. 88-89.

45. *Ibid.*, pp. 89-91.

46. *Ibid.*, pp. 92-98.

No cabe duda de que en este libro el papa, ya anciano, medita sobre su muerte. Recordando su propia elección en 1978 cuando los cardenales se reunieron en la Capilla Sixtina, Juan Pablo nos dice: «Así será de nuevo, cuando surja la necesidad después de mi muerte»<sup>47</sup>.

Resalta también en este libro la profunda preocupación que el papa siente por el estado del mundo: aunque vio Dios ser muy bueno todo lo que había hecho, la bondad de la creación parece ser negada por la historia. Nos encontramos ante una meditación acerca del misterio de la condición humana, cuyo «fin es tan invisible como su principio»<sup>48</sup>. No obstante, el Hijo que nos muestra la verdadera faz de Dios, que nos enseña a darnos y a amar, para así entender qué significa que ese Hijo sea persona, nos revela el vínculo entre el principio y el fin. En el amor que se da se encuentra el misterio originario; además, en ese amor aprendemos a ver con los ojos de Dios, quien vio ser bueno todo cuanto había creado. Toda persona humana está llamada a «recobrar esa mirada» originaria<sup>49</sup>.

La imagen del umbral se presenta muchas veces en *Tríptico romano*. En el primer poema, Juan Pablo, el poeta, contempla la corriente de la naturaleza. La experiencia del mundo natural nos lleva al borde de una gran revelación: todo tiene sentido, pero no se nos dice cuál es el sentido, ni se nombra a Dios. En el segundo poema, nos encontramos en el umbral de la Capilla Sixtina, en el umbral de un Libro (el Libro del Génesis), donde el Adán de Miguel Ángel recibe la creación. Se ha dicho que en este poema Juan Pablo propone a la razón una consideración de la «teología del cuerpo» que había desarrollado durante su pontificado. En el tercer poema ya no estamos en la historia universal de la creación, sino más bien en la historia particular del creyente. Éste viaja desde un monte en la tierra de Moriah, esperando llegar al final donde se encontrará con la plenitud de la verdad: «Si hoy día viajamos a estos lugares / de donde, hace tiempo, Abrahán emprendió viaje, / donde escuchó la Voz, donde se cumplió la promesa, / lo hacemos para situarnos en el umbral»<sup>50</sup>. No cabe duda de que Juan Pablo ya ha pasado a través del umbral y que más allá del umbral contempla la faz de Dios, que tanto añoraba aquí en la tierra y que por medio de su poesía nos hace vislumbrar.

---

47. JUAN PABLO II, *Roman Triptych*, United States Conference of Bishops, Washington, D.C. 2003, p. 25.

48. JUAN PABLO II, *Roman Triptych*, p. 21. Véase Joseph BOTTUM, *The Poetry of John Paul II. Roman Triptych: Meditations*, en «First Things», 143 (mayo 2004) 44-47.

49. Joseph RATZINGER, presentación del libro *Roman Triptych*, pp. 37-39.

50. JUAN PABLO II, *Roman Triptych*, p. 35. Véase también Joseph BOTTUM, *The Poetry of John Paul II. Roman Triptych: Meditations*, cit. en nota 48.

V

Si el libro *Don y misterio* está fundamentalmente dirigido a los sacerdotes, el libro *Levantaos, vamos!* se dirige sobre todo a los obispos. Juan Pablo escribió este libro para conmemorar sus cuarenta y cinco años de obispo y sus veinticinco años de pontífice. El libro es en cierto modo una continuación de los recuerdos de su vida como sacerdote y obispo, reflexiones que completan sus exhortaciones apostólicas *Pastores dabo vobis* y *Pastores gregis*. Juan Pablo escribe para ayudar a los demás: a los jóvenes para que puedan discernir su vocación y a los obispos para animarles en su tarea de *cura animarum*.

Ordenado obispo a muy temprana edad –en 1958 cuando sólo tenía treinta y ocho años– Juan Pablo fundamentó su labor episcopal en la certeza de quien se sabe elegido por Dios. No temía, porque confiaba su vida a Dios; sabía que el Señor había comenzado su obra en él y que Él mismo actuaría y la llevaría a cabo. Se apoyaba además en la ayuda del Espíritu Santo porque es Él quien efectúa la ordenación episcopal<sup>51</sup>.

Juan Pablo nos habla de los distintos ritos que tienen lugar en la ordenación de un obispo: la prostración, que significa la sumisión total de la persona a Cristo; la unción de la cabeza, mediante la cual el Espíritu Santo convierte al nuevo obispo en instrumento suyo, en otro Cristo; la recepción del anillo, que le recuerda la llamada diaria a la fidelidad; la presentación del libro del Evangelio, que el obispo debe predicar; la aceptación del báculo que indica su cuidado pastoral y su responsabilidad por las almas<sup>52</sup>. El obispo es maestro, pastor y sacerdote como lo era y lo es Cristo. Ya que la gente tiene hambre de la Palabra de Dios, Juan Pablo nos dice que, para ser maestro, para enseñar desde su «cátedra», el obispo debe edificar su vida espiritual alrededor de la Palabra, meditándola en su corazón (Lc 2:19), como hizo María<sup>53</sup>. Además, debe pedir al Espíritu Santo que le convierta en maestro de santidad, para que así pueda atraer a los fieles y para que su santidad personal redunde en la santidad de los que están a su cargo. Como buen pastor, el obispo da su vida por sus ovejas; debe corregir pero también armonizar la autoridad que le toca ejercer y el servicio a las almas<sup>54</sup>.

La filosofía personalista que Juan Pablo desarrolló no se queda en pura teoría; lo que pensó lo puso en práctica. Juan Pablo nos dice que el obispo debe conocer personalmente a sus ovejas y que la oración le prepara para encuentros fructí-

---

51. JUAN PABLO II, *Rise, let us be on our way*, Warner Books, New York 2004, p. 24.

52. *Ibid.*, pp. 25-48.

53. *Ibid.*, pp. 41-43.

54. *Ibid.*, pp. 48-49.

feros con personas, para formar a las personas, para fomentar la amistad con ellas. La verdadera amistad nace del encuentro con Cristo. En la labor de catequesis, la persona humana siempre tiene prioridad; el amor –norma personalista– es la razón de ser de la catequesis. Para hablar de la fe se necesita imaginación, una nueva «creatividad» para saber amar y saber pensar<sup>55</sup>.

Al referirse a las responsabilidades intelectuales y pastorales del obispo, Juan Pablo cita el siguiente texto: «Llenos de bondad, llenos de toda ciencia» (Rom 15:14)<sup>56</sup>. El obispo debe recordar a los investigadores de ciencias y de humanidades que tengan como fin el servicio a la verdad. Juan Pablo recuerda su propia labor episcopal en Cracovia donde se reunía con filósofos, con universitarios, con capellanes de la universidad, con muchos intelectuales. Nos cuenta de sus propios estudios de literatura, de metafísica, de fenomenología, de su interés en la filosofía aristotélica-tomista; y también de pensadores de su época, como fue la fenomenóloga Edith Stein, a quien él tuvo la gran alegría de beatificar en Colonia y luego canonizar en Roma<sup>57</sup>.

Juan Pablo escribió sus libros en la capilla del obispado, junto al sagrario, «a los pies de Cristo». Nos dice que la capilla es un «lugar de especial inspiración»<sup>58</sup>. El verdadero propietario de su residencia episcopal, así como del Vaticano, era Cristo; y de la misma forma que Cristo acogía y acoge a todos, Juan Pablo dice que él también daba la bienvenida a todos, y que todo el mundo tenía acceso directo a él<sup>59</sup>. El obispo debe ser padre en cuyo corazón caben todos y cuya vida es para los demás; se entiende así la razón del celibato<sup>60</sup>. Aunque el obispo se encuentre a la cabeza de una iglesia particular, es responsable de la iglesia universal; el obispo, como los apóstoles, ha sido enviado al mundo entero para reunir a todas las ovejas en un mismo rebaño. Mediante su vida de oración y de santidad, el obispo se convierte en signo de Cristo en la tierra. De la misma manera en que Abrahán abandonó su ciudad para emprender viaje hacia tierra desconocida, Cristo llama a los que le siguen a cumplir la voluntad de Su Padre, sin temor. Juan Pablo entendió bien las palabras de Cristo: «Levantaos, vamos» (Mc 14:42), «Levantaos, no temáis» (Mt 17:7), ya que él, contando con la gracia de Dios, tuvo que abandonar su tierra natal para dar frutos en otros lugares, frutos que permanecerán (Jn 15:16)<sup>61</sup>.

---

55. *Ibid.*, pp. 107, 111.

56. *Ibid.*, p. 85.

57. *Ibid.*, pp. 90-91.

58. *Ibid.*, p. 146.

59. *Ibid.*, pp. 131, 147.

60. *Ibid.*, pp. 134, 140-142.

61. *Ibid.*, pp. 214-216.

VI

En el último libro que nos queda por comentar, *Memoria e identidad*, Juan Pablo no se limita a hablar de lo religioso, de lo espiritual, sino que aborda también cuestiones políticas. El libro está escrito como una conversación (preguntas y respuestas) con dos amigos-filósofos de Polonia. El papa nos advierte contra los peligros de las nuevas formas de ateísmo y de materialismo; en cierto modo el libro es una meditación histórica y filosófica sobre el mal y sobre la libertad y sus límites; es, además, un mensaje de paz y de esperanza para la humanidad en el nuevo milenio. Este libro fue publicado en 2005, después de la muerte de Juan Pablo.

Como persona que conoció los efectos del nazismo y del comunismo en su propia tierra, Juan Pablo no deja de meditar sobre el problema del mal. Intenta reconstruir una filosofía del mal insistiendo en la importancia de la filosofía moderna que nos dejó sin la idea de Dios, no sólo sin el Dios de la Revelación, Bien supremo, sino también sin el Dios de los filósofos. La consideración del mal quedó así sin fundamento, ya que el mal –y con éste, el pecado– solamente se puede entender con respecto al bien y a Dios como sumo bien<sup>62</sup>. Mediante la cruz Cristo salvó al hombre del mal, y a la vez convirtió al hombre en partícipe de su obra redentora. Pero, como nos dice Juan Pablo, «todo el drama de la historia de la salvación» desapareció con la Ilustración. El hombre se quedó solo, como creador de su propia historia y de la civilización, para decidir por sí mismo lo que es bueno y lo que es malo. Sin creador ni criterio para actuar, hemos visto cómo en el siglo veinte el hombre pudo aniquilar al pueblo judío y exterminar incluso a los aún no-nacidos<sup>63</sup>. No obstante, el mal no saldrá victorioso, ya que la obra de Cristo ha impuesto un límite al mal. Cristo ha entrado en la historia de Europa, en la historia de toda la humanidad. En Él todas las naciones podrán «cruzar el umbral de la esperanza»<sup>64</sup>. A todas esas personas que conocen «el mal sistemático», ese mal que se manifestó en los campos de concentración, en las cámaras de gas, con los gobiernos totalitarios y represivos, Juan Pablo les ofrece «la promesa de la victoria» en Cristo y nos hace pensar en la victoria que alcanzaron Maximiliano Kolbe y Edith Stein<sup>65</sup>. Recordar esos momentos en la historia del siglo veinte, tener presente la memoria del nazismo y del comunismo, lleva a Juan Pablo a destacar la identidad del ser humano, la verdad del hombre: «En Cristo, el hombre está llamado a una nueva vida, como hijo en el Hijo, la expresión perfecta de la gloria de Dios»<sup>66</sup>. Así

---

62. JUAN PABLO II, *Memory and Identity*, Rizzoli, New York 2005, p. 10.

63. JUAN PABLO II, *Memory and Identity*, pp. 10-11.

64. *Ibid.*, p. 15.

65. *Ibid.*, pp. 19-20.

66. *Ibid.*, p. 25.

como Cristo triunfó sobre el mal, la victoria de la redención le es encomendada al hombre como tarea.

Si el pueblo polaco pudo vencer en su lucha contra el totalitarismo y contra todos los males que tuvo que padecer a lo largo de su historia –la pérdida de su territorio y de su condición como Estado– esto se debe a su gran patrimonio espiritual y cultural. Juan Pablo profundiza en el sentido del patrimonio, de la tierra natal, de la cultura, y de la historia poniendo a Cristo en el centro de todo. Por medio de su vida, de su muerte y de su resurrección, Cristo inició una nueva cultura, «recultivó» el mundo que su Padre había creado, y nos dejó como tarea la continuación de esa nueva cultura<sup>67</sup>. Es fundamental que el hombre se conozca como criatura de Dios, redimido y amado, porque sólo así podrá darse cuenta de que la cultura no se define en términos de «tener más», sino en términos de «ser más». Además, al ascender al cielo para estar con su Padre, Cristo nos introduce a una nueva patria que será nuestro hogar eterno. Mediante la historia de la salvación, la historia de toda nación adquiere una nueva dimensión<sup>68</sup>. El sentido de la historia humana se encuentra más allá de la historia; Cristo, Dios-hombre, es la clave del misterio humano. Él nos introduce al nuevo orden del amor<sup>69</sup>.

La Ilustración rechazó la evangelización que formó a Europa y, de esta forma, también a Cristo. No obstante, la Ilustración no fue un rechazo total de todo lo positivo, pues ensalzó los valores de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y proclamó los derechos humanos<sup>70</sup>. Aunque el mundo se secularice, aunque se separe de Dios, Juan Pablo nos repite que el mundo desfigurado por el pecado del hombre ha sido redimido por Cristo y que con la correspondencia del hombre a la gracia ese mismo mundo está a la espera de su realización gloriosa. Según Juan Pablo, «la gloria de Dios es el mundo perfeccionado por el hombre según el amor de Dios»<sup>71</sup>. No cabe duda de que Juan Pablo quiso proclamar el verdadero amor de Dios por todo el universo para que así el hombre supiera cómo vivir.

\* \* \*

Es innegable que la elección de este pontífice, venido «de un país lejano»<sup>72</sup>, fue y seguirá siendo de una suma importancia para Europa y para el mundo entero. Juan Pablo nos ha transmitido el misterio de Cristo y así nos ha esclarecido el

---

67. *Ibid.*, p. 63.

68. *Ibid.*, pp. 72-76.

69. *Ibid.*, p. 167.

70. *Ibid.*, pp. 97, 107.

71. *Ibid.*, p. 118.

72. *Ibid.*, p. 142.

misterio de la condición humana. Al transmitir lo que la Iglesia guarda en su memoria acerca de Cristo y de sus enseñanzas, el anterior pontífice desveló al hombre de hoy su verdadera identidad. Además, nos ha hecho ver que no estamos solos, que Dios escribe la historia con nosotros, y que nuestra «esperanza está llena de inmortalidad» (Sab. 3:4)<sup>73</sup>.

Alice Ramos  
St. John's University  
Department of Philosophy  
8000 Utopia Parkway  
Queens, New York  
USA 11439  
ramosa@stjohns.edu

---

73. *Ibid.*, p. 156.